

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7079

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 750 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'50 id.
La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-Anne

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 13 DE JUNIO

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

LA COMISIÓN MÉDICA DE CARTAGENA EN VALENCIA.

III.

A continuación hacemos un sucinto extracto de la carta escrita en Valencia el día once por la antedicha comisión.

Esta se ocupó el día anterior en estudios de laboratorio, habiendo podido comprobar por el examen microscópico la presencia del *bacillus virgula*, en las deyecciones de los coléricos del Puig. No cabe pues duda alguna que la enfermedad que se padece es el cólera morbo asiático.

El indicado día salió parte de la comisión oficial para Játiva, con objeto de visitar libremente los pueblos limítrofes y empezar con el debido detenimiento los trabajos sobre el notable descubrimiento del doctor Ferrán, circunscribiéndose estos estudios á la profilaxis del cólera del líquido preparado por dicho doctor.

La comisión terminaba en este día los trabajos de laboratorio y al siguiente en unión de los doctores García Solá y Mendoza, pasaban á incorporarse en Játiva á la comisión oficial, saliendo todos juntos á las excursiones que se han de organizar para visitar á los diferentes pueblos, confiando en que dentro de quince días quedarán terminadas sus observaciones.

En Valencia ha mejorado el estado sanitario, pues hueve mucho y el tiempo es fresco.

Nuestros amigos se encuentran perfectamente de salud y animados de los mejores deseos, disponiéndose á inocularse nuevamente.

El Instituto médico los ha nombrado socios corresponsales y son objeto de grandes atenciones por parte de los individuos de la comisión y por los doctores Ferrán, Gimeno y Pauli.

En el Hospital militar de coléricos situado en el monte Olivete, se ha registrado un caso de cólera,

ECOS DE MADRID.

—O—

12 de Junio de 1885.

Durante la última procesión del Corpus, se le incendió una caja de fósforos á un caballero, la arrojó al suelo, una mujer dió un grito, los que estaban á su lado se asustaron, y un segundo después la masa compacta de espectadores se agitaba convulsa.

—Qué pasa? preguntaban unos á otros.

Nadie podía explicarse aquella agitación y sin embargo, todos corrían y se atropellaban.

En medio del silencio del público, durante una representación teatral, grita un espectador: ¡Fuego! Inme-

diatamente se produce una horrible confusión, todos quieren huir de un peligro que ni imaginaban. Impulsada les presenta abultándolo, poner á salvo el individuo es la preocupación, el deseo, el afán y en un segundo logra un bromista ó un visionario poner en commoción á un millar de personas.

Donde hay muchedumbre pueden producirse estas alarmas con la mayor facilidad.

La razón se ofusca, cada cual siente en el fondo de su ser despertarse el tiránico yo, cada cual se dice que su salud es lo primero, y por eso una voz resonando á un tiempo en millares de corazones les infundió el miedo, os ofusca y produce catástrofes sin otra causa ni fundamento que una descarga de electricidad nerviosa.

Algo semejante ha ocurrido estos días en Madrid.

Desde hace un par de meses nos hablan los periódicos de microbios, de vírgulas, de vacunaciones, de casos sospechosos.

La fama del Dr. Ferrán se generaliza, como todos los redentores tiene sus apóstoles y sus adversarios.

Se olvida ante el espectáculo de la controversia científica, la coalición política, la decadencia del comercio, la subida del pan, la baja de la Bolsa, y España entera, pero sobre todo Madrid, quedan pendientes del juicio que ha de emitir una comisión de eminencias médicas, cuyos individuos según cuentan disfrutaban una dieta de mil reales diarios cada uno, dieta glotona como la llama un diputado andaluz de la mayoría.

Al cabo de muchos días declaran estas lumbreras que lo que hay en Valencia es el cólera morbo asiático.

Antes de que se descubriera el microbio, cualquier médico de aldea podía calificar la enfermedad. Es por desdicha harta conocida! Pero ahora no señor. Es necesario hacer examen, ir muy despacio, meditar sobre lo que se vé y no emitir juicios ligeros.

—Conque es cólera lo de Valencia!

—Los doctores lo aseguran.
—Pero el morbo legítimo.
—Todo lo más morbo asiático que se conoce.

—Y cuantos casos hay diarios?
—En Játiva hubo....
—Yo pregunto en Valencia....
—En Alcira y Algemesí....
—La capital, lo que quiero saber es los que hay en la capital?

—No se publican partes, ni se declarará la epidemia oficialmente por ahora.

Así las cosas llega el domingo último; el hijo de un portero del Ministerio de Hacienda va á una huerta,

se come una porción de almendras verdes y por añadidura se toma tres horas de sol. —Qué había de suceder? Le atacó un cólico cerrado y en pocas horas sucumbió.

Hasta diez ú once cólicos por el estilo se producen en la madrugada del lunes y entre los pacientes se cuentan cuatro guardias civiles que como andan mucho, suelen tener buen diente.

Algunos periódicos que quieren aumentar la venta publican la noticia de los casos ocurridos en Madrid. El vecindario se asusta, el Gobierno que quiere ser muy previsor toma medidas y la capital se asemeja á la procesión, al teatro de que hablé antes. El cólera se dicen todos aterrados; y se produce un pánico espantoso. Todo se olvida, nadie habla más que de casos, los que pueden hacen á escape las maletas y llenan la estación del Norte, muchos se quedan porque no caben más en los wagones, la empresa pide permiso para poner nuevos trenes, los deudores suspenden los pagos, los que proyectaban obras, las dejan para mejor ocasión, el ayuntamiento lleva por las calles en carros los cloruros desinfectantes que dependientes amaestrados depositan en las bocas de las alcantarillas; se forman juntas, comisiones, se habilitan tiendas de campaña, hospitales, se sacan de un cuartel á las familias de los guardias civiles, se les pasea en ómnibus llevándolas á Vista Alegre y todos se acuestan aquella noche esperando al día siguiente saber que por lo ménos un centenar de víctimas han sufrido las iras del terrible azóte.

Un solo cólico vulgar acusa la estadística.

Apesar de esto se dispone que los exámenes terminen en seguida, que se reúnan los tribunales por la noche para que el 15 lo más tarde se cierre la Universidad, se toman todo género de precauciones, la emigración prosigue, se nota en los paseos, en los cafés, en los teatros los efectos del miedo y aparece algo que es más terrible que la epidemia, algo que acusa un estado de salvajismo contra el que es necesario combatir sin tregua ni descanso.

Un pobre hombre sufre un desmayo en una de las calles más céntricas y cae al suelo.

—Es el cólera, dice uno por miedo ó por broma.

Oír la palabra y huir todos y dejar solo al pobre enfermo es obra de un segundo.

No ya la caridad, si no el mismo egoísmo exigen distinto procedimiento. Si abandonamos al desdichado, nos abandonan también. Si en pleno siglo XIX y á la luz eléctrica caminamos, vamos á reproducir las escenas

de que eran víctimas los leprosos en los antiguos tiempos, si vamos á representar las escenas de la Peste de Justiniano, de hombres civilizados y destruyamos todos los elementos de cultura y prosperidad que debemos al progreso.

Estos adelantos han hecho, que las epidemias no sean tan terribles como antes, por más que siempre sean dolorosas. No solo no hay que alarmarse por que todavía no hay motivo, si no que ante todo y sobre todo si el peligro viniera es necesario que la caridad nos domine, que seamos hermanos, que nos auxiliemos, que no demos al mundo el espectáculo de barbarie que acusan los ejemplos que se dan por personas al parecer civilizadas.

Bueno es que se tomen precauciones, pero sin alarmar; bueno es que cada cual procure conjurar el peligro pero sin menoscabo de sus semejantes.

Por fortuna la tranquilidad de los ánimos renace. Lo que ya no tiene remedio es la situación en que la alarma ha colocado al comercio. Es muy posible que nos libremos de la epidemia; pero no así de la crisis económica que amenaza.

Me he estendido demasiado al tratar de este asunto; pero en Madrid no hay otra cosa que preocupe más.

Es la conversación única, monótona é impertinente.

A todas horas hay ejemplos como este.

—Como está la familia?
—Regular nada más.
—Pues qué, ocurre algo?
—Papá vino ayer malo de la oficina...

—Un cólico quizás?
—No: teme el médico que sea una pulmonía.

—Bahl... eso no vale nada...

Lo que decía aquel alcalde en su parte: «Muertos de enfermedades sospechosas, 1: muertos de enfermedades benignas, 7»

La humanidad con luz eléctrica y microbios, es siempre la misma.

JULIO NOMBELA

LA SALUD PÚBLICA EN ESPAÑA

Las noticias de Valencia son poco tranquilizadoras; continúa el cólera haciendo grandes estragos en la capital y su provincia, comenzando la miseria, efecto de la paralización á cebarse en aquella desdichada comarca.

De Valencia le escriben á un periódico de Madrid.

«La situación de Valencia va sien-